

CONSECUENCIAS ESTRATEGICAS DEL TRATADO DE MADRID

Las manifestaciones del general de División norteamericano Lee B. Washbourne, formuladas en enero último ante la Comisión de Presupuestos de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, refiriéndose oficialmente a la localización geográfica y a la asignación de créditos para las bases que, con arreglo a los convenios del Tratado de Madrid, han de prepararse en España, dan ya carácter ejecutivo a las cláusulas acordadas, y confirman en su despliegue la trascendencia estratégica de aquel acuerdo, que con pocas pero aquilatadas palabras definió en forma bien clara el Jefe del Estado español en su mensaje a las Cortes, a raíz de la firma en el Palacio de Santa Cruz: "España no puede ser indiferente al éxito o el fracaso de la defensa de Occidente. Con su colaboración con los Estados Unidos se llena un vacío gravísimo de esta defensa".

No encuentra justificación fácil el olvido en que hasta ahora se ha tenido a nuestro país, al extremo de excluirlo del concierto defensivo mundial, como si en la geografía europea, después de siglos de historia y ejemplaridad, se pudiera desconocer su trascendencia.

Los primeros tanteos del Pacto del Atlántico de 1950, se limitaron a estudiar la defensa de la llanura centro-europea, de las costas oceánicas del Mar del Norte; luego se extendió su amplitud al litoral escandinavo; pero se despreciaba la importancia estratégica del Mediterráneo, y la única explicación que cabe a esta postura es la herencia antigermana que en el fondo implicaba entonces la Organización Atlántica, como continuadora del Pacto de Bruselas, y que, en sus comienzos preparatorios (1948), más parecía orientarse como garantía frente al resurgir alemán, que como seguridad ante el amenazador comunismo. El sentimiento de este peligro no se comprendió —pese a las advertencias de España, expresadas bien claramente por el Jefe del Estado español, el memorándum al embajador inglés, en 1955—, hasta las difíciles jornadas del bloqueo de Berlín que siguió casi inmediatamente a su firma.

Era tanto como ignorar que por las vías de irrupción húngara y balcánica, la Historia ha llevado también, más de una vez, la amenaza a los pueblos del Occidente europeo. Y es paradójico que este olvido pudieran cometerlo los mismos que antes del desembarco en Normandía, planearon y llevaron a cabo las acciones mediterráneas del Norte de África,

y que con la maniobra política y militar sobre Italia consiguieron forzar a Alemania a una distribución tal de fuerzas sobre el suelo francés, que facilitaron en forma decisiva el éxito del empuje final sobre las costas del Canal de la Mancha.

La amenaza yugoslava en el Adriático, y el peligro de las bases albanesas de Valona y Saseno, fué el primer aldabonazo mostrando las queiebras en la defensa en el Oriente balcánico, y motivó la inclusión de Grecia y Turquía en la esfera de los acuerdos atlánticos. Su aportación y la presencia de la VI Flota Naval con base en Nápoles, daban ya ciertas seguridades al flanco Sur del Mediterráneo; pero seguía descuidándose la preparación orgánica y material de la soldadura defensiva entre dos mares.

Olvido imperdonable ante el más elemental examen geográfico de la situación. Buscando juicios objetivos, recogemos el de una autoridad naval francesa, el almirante Lemonier, quien al referirse a las marinas europeas afirma que "el Pacto del Atlántico es, ante todo, una unión entre naciones marítimas", y en reconocimiento a la situación española confiesa "que la tabla de potencias continentales del Oeste sería incompleta, si no se mencionara a Alemania y España, justamente dos potencias con una acusada valoración geopolítica en la moderna Europa".

Y, precisamente, en una organización que se considera esencialmente marítima, se prescindía de la Península Ibérica, a conciencia de la trascendencia estratégica de su soldadura con Europa y del enlace de Levante a Poniente, entre dos mares. Se escribía sobre la importancia de 16.000 kilómetros de litoral, que abarcan los países de la N. A. T. O., y se descuidaba, sin embargo, el influjo de más de 3.000 que suman las costas españolas. Situación de enlace que resulta siempre difícil de asegurar en toda organización militar, y que sus debilidades son la causa de fracasos de más de una preparación táctica o estratégica.

Realmente no se ignoraba la importancia del Mediterráneo, y, por tanto, de ese portal que se extiende desde San Vicente hasta el Cabo de Gata: los Estados Mayores lo conocían perfectamente, pero la política, enmascarando peligrosamente la verdad estratégica, hacía cada vez más difícil la situación, y para paliarla se buscaron las soluciones medias de bases aéreas en Marruecos, o el estacionamiento de la VI Flota en Nápoles, conjugándolas precariamente con las bases británicas en Suez. Ni la intranquilidad marroquí, ni la presencia inglesa en Egipto, podían proporcionar al mando militar la confianza y libertad de acción para operar sin dejar graves amenazas en su retaguardia, y la elevación a la presidencia de los Estados Unidos de la mentalidad castrense del general Eisenhower, y el criterio firme de su seguro colaborador Foster Dulles, han forjado al fin la decisión mediterránea, ponderando el valor estratégico de la península, incorporando a la defensa de Occidente el bastión hispano y mejorando en su efectividad las aportaciones de Grecia y Turquía en la otra extremidad del Mar Latino.

El hecho político internacional del Tratado de Madrid ha disipado

las nubes de ocultación y, ahora, personalidades de muy diversas nacionalidades, reconocen "a posteriori" la verdad de nuestra importancia y contribución a la seguridad mundial. En octubre pasado, el entonces primer ministro de Italia afirmaba que "el reconocimiento de España en el marco general de la estabilidad europea es ya unánime en todos los países del Occidente", y el "Daily Telegraph" reconocía el 50 de enero último que "son obvias las ventajas de la posición geográfica de España en relación con la defensa de Europa".

La estimación de esta importancia no podrían desconocerla los políticos europeos, pero el deseo de alguno pesaba para que se nos ignorase política y militarmente, y contra este criterio extremadamente peligroso para la propia seguridad europea se levantó la afirmación rotunda del almirante Radford, jefe de Estado Mayor, quien, últimamente, con la responsabilidad que le incumbe por su alto cargo entre los jefes militares de su país, ha declarado que "España ocupa una posición estratégica muy importante y que las bases españolas proporcionan a la Marina americana una mayor movilidad".

España, situada en el vértice angular entre dos mares, centrada sobre el perfil costero de sus aguas oceánicas o mediterráneas, con distancias sensiblemente iguales a los 30.000 kilómetros hasta las costas escandinavas o hasta el Golfo de Alejandreta, ofrece la más armónica disposición de costas y mesetas, en espacios de plena independencia logística, a caballo de toda clase de comunicaciones navales o aéreas entre Europa, África, América y Asia, y todo ello garantizado geográficamente desde los Pirineos al Rif, con las avanzadas insulares de los archipiélagos canario y balear.

En la técnica militar dibujada sobre la llanura centroeuropea, todavía se duda, o al menos se discute la eficiencia de los planes estratégicos de Ridgway o Gruenther. El primero, acorde al parecer con el del general francés Juin, que manda el sector central europeo, pareció sostener durante su mandato la tesis del concepto continental, sobre el empeño de sucesivas batallas defensivas en líneas de contención, apoyadas en el obstáculo geográfico de los diferentes cursos de agua, Elba, Weser, Rhin, Sena y Loira, donde uno tras otro fuera buscándose frenar la irrupción soviética.

En el plan de Gruenther, que hoy desempeña la jefatura de la SHAPE, más se acude a la defensa "oscilante" y elástica, distribuyendo sus fuerzas, una parte como masa de maniobra y otra mayor proporción como guarnición amplia de un sistema de posiciones estratégicas erizo, que canalizarían aquellas penetraciones, dando tiempo y espacio para una reacción. Dentro de este sistema, la aportación de recursos nucleares, el perfeccionamiento de las llamadas armas absolutas, y la autonomía de sus medios de transporte y lanzamiento, ha llevado hasta la teoría de la estrategia periférica, que no es sino la exacerbación de la tónica de Gruenther, agravada en los últimos tiempos por la resistencia francesa a la ratifica-

ción del ejército europeo, base fundamental para el mantenimiento de los núcleos "erizados" del centro europeo.

Pero en todos los casos, tanto en el flujo y reflujo de las operaciones de tipo clásico, como en la proyección casi automática de las reacciones de represalia, se precisa disponer de una base segura, y el más amplio, firme y armónico de los "erizos", no ya tácticos, sino estratégicos y logísticos, es indiscutiblemente la Península Ibérica.

El crítico militar del "New York Times", comentando la importancia de los convenios firmados, señalaba, refiriéndose a España, "que sus bases son particularmente importantes, en oposición a las grandes pistas de Marruecos rodeadas de intranquilidad política y social, y a las instalaciones aéreas de Francia, a las que puede amenazar una marcha soviética a través del Rhin, o un cambio en la actual política francesa como consecuencia del rearme alemán".

Así se explica que una revista americana, "U. S. News and World Report" (18 septiembre 1955), al comentar estos aspectos militares titulase el trabajo con una afirmación clara: "Las bases españolas podrán ser para Occidente un super-Gibraltar", y al apreciar las ventajas de la aportación hispana en el Tratado de Madrid lo concretaba en tres puntos fundamentales:

— "Incrementarán la red de aeropuertos seguros y protegidos para la defensa aérea de Europa, contribuyendo a una mayor potencia de la defensa terrestre.

— Proporcionarán al espacio mediterráneo una mayor capacidad defensiva, extendiéndola de uno a otro extremo.

— Harán de España un futuro aliado que dispone de veintidós divisiones para su empleo inmediato."

* * *

Respecto a la localización de estas bases españolas, las declaraciones del general Washbourne han dado a la publicidad la situación prevista para cuatro bases aéreas y dos navales, y las cifras que supondrán los gastos de su preparación y perfeccionamiento. Torrejón, Copero, Morón de la Frontera y Zaragoza para las fuerzas aéreas, y Cádiz, con Cartagena, para las navales.

Su valoración estratégica parece dada por su misma distribución geográfica, preescindiendo de las asignaciones económicas, variables según el grado de aprovechamiento de las instalaciones ya existentes.

Torrejón, en el centro del territorio, resume en sí misma, a efectos aéreos, todas las ventajas aludidas al referirnos a la Península y, por si fuera poco, disfruta de la extraordinaria ventaja de su óptima meteorología, que en lo alto de la meseta castellana reduce al mínimo los días desfavorables, lo que viene comprobándose en el cercano aeropuerto de

Barajas, refugio de todas las líneas comerciales cuando encuentran dificultades en la periferia.

El conjunto Copero (ocho kilómetros de Sevilla), y Morón de la Frontera (cincuenta kilómetros al sureste de la misma capital), de una parte, y Zaragoza de otra, señalan directamente su orientación hacia las dos coberturas pirenaica y del Estrecho. Y pueden servir asimismo a las necesidades navales de las dos bases que a uno y otro lado del paso de Hércules, hacia el saco de Cádiz, o hacia el mar de Alboran aseguran y revalorizan la posición de la sexta flota naval en el Mediterráneo, como señala el mismo articulista americano.

Sobre estas ventajas geográficas se unen las de seguridad política y orden interior, y las de rendimiento económico. En las referencias del general Washbourne se concreta en cuarenta y tres millones de dólares lo que supondrá la preparación de la base de Torrejón; treinta millones la de Copero, doce la de Morón, y una cifra similar, al parecer, la de Zaragoza, aunque no se llega a concretar; en conjunto, unos cien millones, a los que se unen cuarenta para las bases navales, y alrededor de veinte para la construcción del oleoducto de más de quinientos kilómetros que habrá de enlazarlas, y que resumen aproximadamente los ciento sesenta millones a que se refiere el comentarista de "U. S. News and World Report".

En contraste con esta evaluación, en el proyecto de las cinco bases previstas en el Marruecos francés en el Acuerdo de 1950: Mazer, Sidi Sliman, Benguerir, Bulhault y Yjema Sahim, la primera de ellas en la zona de Casablanca, ha supuesto ya más de cien millones de dólares, y otros tantos la segunda y tercera aún sin terminar, estimándose que de continuar el proyecto con todas las bases exigiría más de seiscientos millones. Este cálculo de gastos, en un ambiente de inseguridad, ha debido aconsejar la conclusión de las tres primeras, suspendiendo la adaptación de las dos últimas.

La conjugación estratégica en el despliegue de bases mediterráneas se completó, una vez resuelto el problema de la aportación española, con el acuerdo de Atenas, que activa la adaptación de los campos de aviación de Eleusis, Volo, Patras y Larisa, y el establecimiento de la VI Flota Aérea Táctica en Esmirna, combinada con otras fuerzas localizadas en Mellaha (Trípoli), Bengasi y Tobruk sobre la costa norteafricana de Libia.

Para las acciones de represalia en profundidad, que las actuales circunstancias de la amenaza soviética han forzado, se propugnen por los Estados Unidos, la afirmación y seguridad de las soldaduras estratégicas resulta fundamental: es la política que ha llevado a Norteamérica al fortalecimiento de Alaska, Groenlandia, Turquía y hoy les inclina a la ayuda militar al Pakistán.

Y en este amplio cuadro universal, también se acusa el valor español ante el simple examen de la geografía soviética a lo largo del contorno

del Telón de Acero. La posición ibérica no encuentra semejanza ni valoración parecida en toda la extensión de la periferia; equidistante de América, Asia, y con posibilidad de recoger en los límites de su radio de acción las irrupciones que partieran de aquellos espacios para atravesar la continentalidad eslava y siberiana. En las bases españolas, con pistas de 4.000 metros, al abrigo de las acciones de los cazas "Mig", a más de mil millas del Telón de Acero, podrían también iniciarse las reacciones en profundidad, incluso con aviones B-36 que la conducta soviética forzase a lanzar; garantizando sus supraestructuras con esa barrera prácticamente infranqueable que son los Pirineos, cuando hay una fuerza dispuesta a cubrirla, dotada de medios apropiados.

En el examen de la cartografía mundial, observada desde el centro polar boreal, se refleja un curioso "impresionismo" que agiganta la importancia hispana. Las tierras de los dos Continentes semejan dos monstruos que parecen intentar devorarse, chocando sus cabezas en el paso de Berhing: la fiera soviética avanza agazapada, con la cabeza baja, expresando todo el simbolismo de la política rusa; y el signo de América se encorva en actitud defensiva, con todos sus órganos en tensión. Uno y otro apoyan los miembros básicos, pisando sobre mediterráneos o tierras polares.

Contra la figura rusa, la única forma de contenerla es atrapando sus patas en Escandinavia o en las extremidades del mar latino, y esa acción de sujeción no puede hacerse sin España... ¡que ya ha demostrado prácticamente que sabe hacerlo!

MIGUEL CUARTERO LARREA

